

La riesgosa navegación del escritor exiliado

El exilio no es una invención reciente en la América Latina: toda su historia independiente de siglo y medio largo ha estado acompañada por obligados desplazamientos del equipo político e intelectual de los diversos países, que encontró en estados vecinos y en Europa, temporaria acogida mientras en sus patrias se hacía imposible su tarea. Las grandes figuras del siglo XIX ilustran esta tradición desde los orígenes: Sarmiento en Chile, Montalvo en Colombia o en París, Martí en Centroamérica o Estados Unidos, Hostos en el Perú, son algunos ejemplos de una agobiadora práctica que movilizó a los escritores, máxime cuando ellos ostentaban conjuntamente, como también es tradición en la cultura latinoamericana, una decidida filiación política.

La turbulenta historia política de América Latina y el constante enfrentamiento del equipo intelectual civilista con los poderes militares o caudillescos que tuvo sus primeras explosiones al día siguiente de la Independencia, se ha prolongado tercamente hasta nuestros días, complicándose con nuevas manifestaciones que pueden emparentarse, como son las migraciones económicas que se desarrollan activamente en este siglo y que sólo por esquematismos del razonamiento pedagógico pueden distinguirse nítidamente de los exilios políticos. Los millones de mexicanos que se han trasladado a California y Texas en Estados Unidos, los similares paraguayos

que han hecho de Buenos Aires la ciudad paraguaya más importante, los dominicanos o colombianos que se han desplazado a Venezuela, como los muy recientes chilenos, argentinos, uruguayos que se han distribuido por América, Estados Unidos y Europa, repitiendo la idéntica situación de los centroamericanos (nicaragüenses, salvadoreños, guatemaltecos) que encontraron refugio en Costa Rica, en México o en Estados Unidos, son un fenómeno migratorio de vastísimo alcance que no puede ponerse exclusivamente a la cuenta de razones económicas, sino que también tiene que ver con la opresión política y la rigidez de las estructuras sociales que cierran el horizonte de los hombres y lo impulsan a la emigración.

El pueblo de la diáspora

El enorme movimiento migratorio europeo del siglo XIX y comienzos del XX pareció remansarse hacia 1930, aunque todavía le cabría el período del ascenso de los fascismos en Europa, las persecuciones judías y el desplazamiento de pueblos castigados por la guerra. Todo ello otorgó un signo específico a la vida de nuestra época que Bertolt Brecht definió con su frase sobre el cambio más pronto de país que de zapatos que singularizaba a los hombres europeos. Como en un régimen compensatorio, a partir de 1930 comienza a acentuarse en América Latina el desplazamiento de poblaciones: por una parte la migración interna que va creando la acumulación urbana de un modo dislocado y cuya causa inmediata es el empobrecimiento de las áreas rurales al organizarse la nueva distribución internacional del trabajo regida por los imperios; por otra parte, y a veces como simple expresión del anterior proceso, crecen las migraciones de un país a otro, aumentando la población urbana a la cual aportan formas culturales peculiares. Diversos polos en América Latina han aglutinado estas migraciones: Buenos Aires, Sao Paulo, México y más recientemente Caracas, se han constituido en la expectativa de millones de hombres de diversas nacionalidades. Es un acontecimiento específico del siglo XX y de las últimas décadas, que arranca de la gran crisis económica de 1930 y en el cual, conviene insistir, las causas económicas están íntimamente entrelazadas con las políticas, tal como corresponde al funcionamiento de las sociedades. Por ello la distinción, algo jerárquica y aristocratizante, entre el exiliado y el emigrante, merece algunos correctivos.

Pero además, sólo viendo en su amplitud esta situación puede medirse la problemática de los intelectuales exiliados, ya que ellos no son individualidades aisladas, figuras superiores sobre las cuales concentrar únicamente los focos, sino integrantes de un estrato social y educativo que se mueve junto a poblaciones enteras.

Existe en América Latina, más en algunas zonas

Camilo Lleras
Colombia





que en otras, un verdadero pueblo de la diáspora, compuesto de los más diversos elementos, desde una mayoría de obreros, campesinos y trabajadores manuales hasta equipos profesionales. Ellos se desplazan preferentemente hacia países y ciudades donde un mayor grado relativo de libertades públicas (lo que no se traduce necesariamente por regímenes democráticos plenos) se acompaña con posibilidades de trabajo, de educación y de ascenso social. Si esto fue la norma de las migraciones europeas del siglo XIX hacia los países de la libertad representados entonces por los de América, se ha constituido en la norma de la vida latinoamericana interna en el siglo XX, aunque ya se la conoció en el siglo pasado.

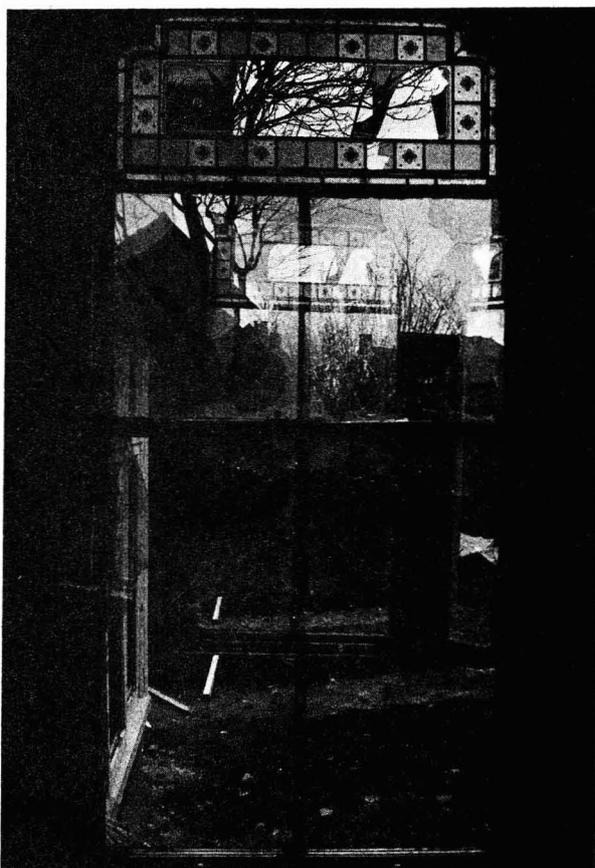
Los pescadores y trabajadores de Tampa, a los cuales va José Martí para obtener de ellos el apoyo material y personal indispensable para intentar la independencia de Cuba, venciendo al régimen español antes de que Estados Unidos se abalance sobre la isla, son un primer ejemplo paradigmático de la vinculación del intelectual y el medio de los inmigrantes para el cumplimiento de una tarea política, la cual se beneficia tanto de la pervivencia en tierras extranjeras de una cultura nacional vivamente sentida y querida como de la experiencia de un sistema de vida nuevo, con grados de mayor democratización y de mayores expectativas sociales. La confluencia de estas dos fuerzas, (la tradición cultural

cubana y la educación en formas de vida independientes, no coloniales) construye la base de desarrollo político a la que apela Martí, siendo ese el primer pacto entre el intelectual y sus compatriotas, que preanuncia el más amplio y fundado con toda la sociedad cubana a través de la lucha de independencia.

Estos pueblos de la diáspora son sometidos a vertiginosos procesos de transculturación, a experiencias sociales violentas y a rudas mutaciones. Estos cambios, que han sido abundantemente descritos respecto a las migraciones internas que trasladan poblaciones rurales a los barrios periféricos y miserables de las capitales latinoamericanas (las barriadas de Lima y de México, los cerros de Caracas, las favelas de Rio de Janeiro, etc.) también se ejercen sobre las migraciones externas, con el agregado del pasaje a culturas y sistemas de vida aún más remotos y distantes: son los jornaleros mexicanos que se instalan en la periferia de Los Angeles, o los campesinos colombianos que ingresan a Maracaibo o Caracas, o los trabajadores paraguayos que se suman a Buenos Aires. Para medir esos cambios hay que comenzar por reconocer que la pregonada unidad de América Latina, que es un latiguillo retórico de los intelectuales desde los orígenes independientes, esconde una multiplicidad de culturas tan variada como las europeas, no empece el manejo, sólo aparential, de la misma lengua, en toda la zona hispanohablante. Si es evidente que el campesino mexicano que se incorpora a Los Angeles tendrá que vérselas con un idioma distinto, con sevicias discriminatorias para su trabajo, con formas de convivencia y estructuras legales radicalmente diferentes, esta situación no es demasiado diferente de la experiencia que han debido cumplir los campesinos colombianos o paraguayos, pertenecientes a áreas culturales tradicionalistas de fuerte impregnación indígena e hispánica, al trasladarse a ciudades modernizadas y aluvionales que remedan ya las formas europeas (Buenos Aires), ya las norteamericanas (Caracas). Viven y padecen transculturaciones violentas, para las cuales sólo cuentan con el acervo de sus propias culturas tradicionales, particularmente débiles en sus nuevas condiciones de existencia, y con las aportaciones de una educación frecuentemente desbordada por los mensajes de los "mass media".

Migraciones de intelectuales

Trazar este somero panorama previo, puede convenir para examinar otras situaciones que, aunque empiezan a caer dentro de la denominación más prestigiosa de exilio, no dejan de tener estrechas relaciones con las de los emigrantes. Junto con esas masas de mayoritaria procedencia rural y de escaso nivel educativo, también se ha producido la migración de un importante contingente intelectual: profesionales, profesores, intelectuales, técnicos medios, han salido



Lourdes Grobet
México



de sus países de origen respondiendo a la doble y concomitante impulsión política y económica, trasladándose a centros de mayor aceptabilidad. Se trata del famoso drenaje de cerebros que ha merecido atención internacional y que es también un rasgo peculiar, con alcance universal, de las sociedades del siglo XX. Este equipo, sin duda mejor dotado educativamente, con más desarrolladas capacidades de adaptabilidad y con horizontes intelectuales más ricos, habrá de vivir sin embargo procesos semejantes, los que por lo común no son percibidos a consecuencia de esa falacia generada por la visión externa que amalgama al continente latinoamericano en una ficticia unidad. No sólo conviene subrayar las diferencias culturales flagrantes que distinguen al área andina de América del Sur del área aluvional rioplatense, o al área antillana de la que rige culturalmente a la meseta mexicana, sino agregar que a pesar de tantísimos discursos, acuerdos internacionales y ceremoniosos intercambios de embajadas culturales, la incomunicación entre los países latinoamericanos es mucho mayor que la existente entre los europeos. Para tomar dos ejemplos característicos: prácticamente no existe un puente cultural entre Argentina y México y los equipos intelectuales altamente desarrollados de ambos países se han caracterizado por un funcionamiento endógamo muy marcado, simultáneo a una orientación hacia el

exterior, referida a Europa (preferentemente Francia) o más recientemente a Estados Unidos. Quizás algunos ejemplos ilustren mejor lo dicho: escritores como Jorge Luis Borges o como Octavio Paz han desarrollado ricas carreras intelectuales que no han implicado el conocimiento del resto de América Latina. Europa, Estados Unidos, la India, han sido puntos en que hicieron importantes aprendizajes culturales, que se han traducido en obras considerables, pero dentro de América Latina su concentración ha sido exclusivamente en sus propias nacionalidades, más amorosamente urgadas en el caso de Octavio Paz que en el de Borges, pero siempre separadamente de los demás países de la región. Un escritor como Julio Cortázar pasó de Buenos Aires a Francia y solo accedió al conocimiento de otras zonas del continente a partir de su visita a la Cuba revolucionaria, la cual funcionó, en la década de los sesenta, como un curioso religador de la vida intelectual dispersa de la América hispanohablante. Incluso es pintoresco registrar en las observaciones que muchos escritores han hecho sobre la vida cubana, la atribución a la Revolución de rasgos que son constitutivos de la cubanidad o, más correctamente, de la antillanidad, pero que, al presentárseles por primera vez dentro de los parámetros revolucionarios era normal que vieran como sus peculiares manifestaciones.



El equipo intelectual centroamericano que desde hace décadas se ha trasladado a México, no hizo experiencias transformadoras tan marcadas como las que está actualmente haciendo el equipo intelectual argentino que se ha desplazado a áreas con las que prácticamente no tenía contacto: la de la América indígena (México), la de América negra (Venezuela), para apuntar a los rasgos culturales que en esos países se han mezclado con los hispánicos, siendo ajenos a la vida de Buenos Aires, una ciudad de trasplante europeo aun más puro que New York.

La emigración de un equipo intelectual se patentizó en la década del treinta con el traslado masivo de intelectuales alemanes, italianos, franceses y centroeuropeos, a los Estados Unidos, y el de españoles derrotados en la guerra civil, a Estados Unidos y a América Latina. Una importante bibliografía ha analizado ese episodio, enriquecedor de la vida americana, estudiando sus diversas consecuencias, aunque ha estimado menos las modificaciones eventuales producidas en el seno de las comunidades a que esos intelectuales se integraron, a veces en forma definitiva, otras hasta la restauración de la vida democrática y del progreso económico en sus patrias de origen. Tales migraciones de equipos intelectuales enteros y ya no de escritores aislados como era la norma, se vieron en la América Latina posterior a 1930. Buena parte, quizás la mayoritaria,

Lourdes Grobet
México



se desplazó a Estados Unidos y a Europa, sector que no es el objeto de estas páginas, pero otra tomó el camino de países afines: ya los de América Latina, ya España y Portugal.

Dentro de este grupo hay uno que hizo una experiencia inédita, cuyos resultados futuros pueden ser de los más ricos. Se trata del grupo intelectual brasileño que a la caída del régimen de Joao Goulart a manos de los militares (1964) se distribuyó entre los países hispanoamericanos, el cual está ahora en un proceso de reincorporación progresiva a la vida del Brasil. Fue una experiencia inédita, pues el Brasil vivió de espaldas a la América española y esta a su vez vivió entre la ignorancia o el temor de ese país desconocido que parecía tan grande y amenazador en las cartas geográficas. A pesar de pertenecer al común denominador América Latina han sido muy escasas las comunicaciones culturales o políticas entre Brasil y sus vecinos. Estos intelectuales descubrieron la existencia de Hispanoamérica, no sólo en sus singularidades políticas sino también en sus modos culturales: Mario Pedroza en Chile, Ferreira Gullar en Buenos Aires, Darcy Ribeiro en Montevideo, Francisco Juliao en México, si por un lado se constituyeron en embajadores de una cultura ignota ante los grupos políticamente afines, por la otra hicieron experiencias de culturas desconocidas. Pienso que un libro imaginativo y talentoso como *Las Américas y la civilización* de Darcy Ribeiro hubiera sido imposible sin estos largos años de exilio que le permitieron recorrer y vivir por años en diversos países y zonas del continente. Del mismo modo la experiencia en las artes plásticas de Pedroza, en la poesía de Ferreira Gullar, en las ciencias políticas de Juliao.

Un conocimiento interno y unificado

Esta situación apunta a esa primera comprobación, respecto al exilio intelectual, que se ha formulado de manera paradójica y burlona, poniendo a la cuenta de los dictadores la aceleración del intercambio y de la unidad latinoamericana tantas veces rubricada en el papel y tan poco en la realidad misma. El equipo intelectual de países altamente desarrollados, como Argentina y Brasil, que debió salir de sus países desde mediados de los sesenta, ha establecido contactos interzonales con otros países latinoamericanos en un grado improbable de situaciones normales, lo que no conviene ver exclusivamente en el rubro de las informaciones sobre plurales disciplinas, (de las políticas a las científicas) sino también como beneficiosos enfrentamientos de las diversas culturas regionales a que pertenecen, las cuales entraron en una confrontación de imprevisibles consecuencias, aunque sin duda beneficiosos para fundamentar mejor planes de unidad continental. No sólo resultó intensificada la comunicación entre las élites intelectuales de diversas áreas, sino

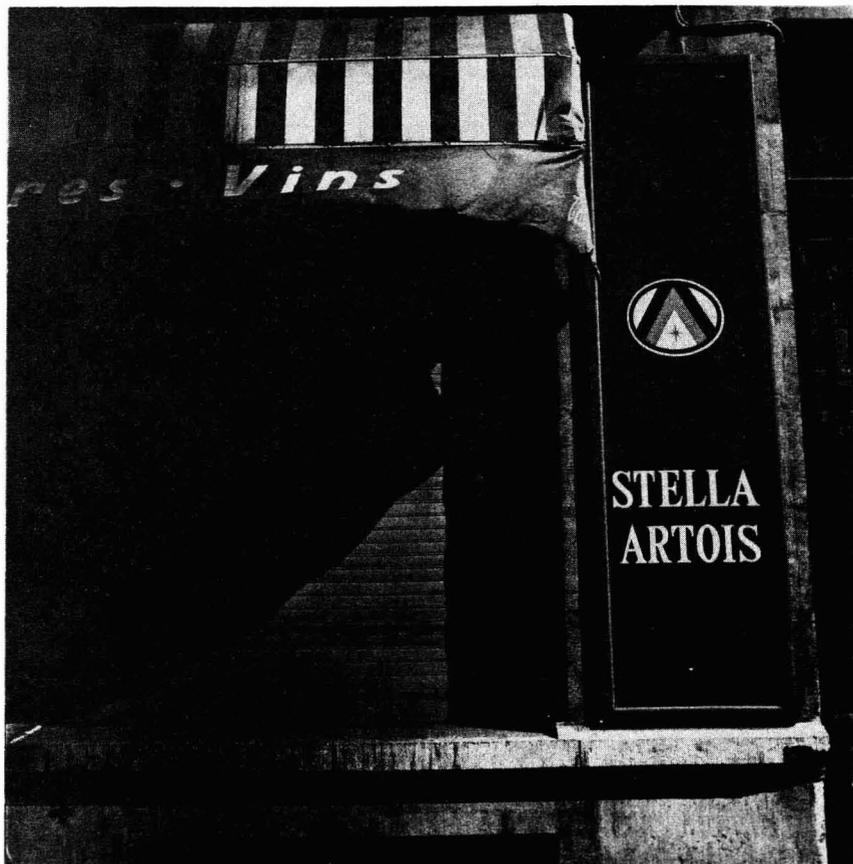


que comenzó a operar una visión estructural más rica mediante visiones y planes que aspiraron a representar la totalidad.

Algunas de estas operaciones ya estaban en desarrollo, aunque amparadas en la perspectiva que se obtenía por parte de observadores colocados fuera de América Latina: en Estados Unidos o en Europa. Una de las características de los enfoques que tanto estudiosos extranjeros como latinoamericanos instalados en zonas extensas habían venido adelantando, consistía en la globalización y a veces homogenización del continente latinoamericano, en oposición a la tendencia interna a enfoques parciales, nacionales o regionales, que si por un lado resultaban más ricos de conocimientos y de conocimientos internamente valorados, por otro se perjudicaban de esta fragmentación que los llevaba a perder de vista las grandes coordenadas estructurantes, las fuerzas externas que actúan sobre el conjunto. Incluso la considerable aportación sobre los problemas de la dependencia que desarrollaron las ciencias humanas venezolanas en la década del sesenta, estuvo mayoritariamente referida al ejemplo de Venezuela, sin ampliarse suficientemente a la visión del conjunto de países sobre los cuales, sin embargo, se formulaban en diferentes grados las mismas distorsiones de origen externo.

Esta tarea de globalización y de percepción del

Jorge Pablo
de Aguínaco
México



conjunto, subrayando las circunstancias económicas, sociales y desde luego culturales, que encuadraban a toda América Latina, ha comenzado a ser patrimonio de la vida intelectual interna de la zona, en lo que puede registrarse uno de los efectos de esta movilidad del equipo intelectual. El desarrollo acelerado que tuvieron desde la segunda guerra mundial los estudios sociológicos y económicos, la ayuda que recibieron de la existencia de institutos internacionales especializados, ya había contribuido a que en esas disciplinas se avanzara mucho más. En las actividades de los escritores y artistas, en cambio, no se había registrado un progreso semejante: libros como *Las venas abiertas de América Latina* de Eduardo Galeano, señalan agudamente ese tránsito del campo de las ciencias políticas y sociales al de las literarias, respondiendo a esta nueva convivencia generalizada y un título como el de la novela de Marta Traba, define esta ambición en la literatura: *Homérica Latina*. La presencia de diversas zonas del continente en las obras literarias comienza a ser corriente, (la reciente novela del argentino Pedro Orgambide exiliado en México) ya no como visiones restrictas sino como experiencias aproximables y compatibles.

No es una conjugación fácil. La palabra exilio tiene un matiz precario y temporero: parece aludir a una situación anormal, transitoria, algo así como un paréntesis que habrá de cerrarse con el puntual retorno a los orígenes. Esto la distingue de la palabra emigración que traduce una resolución definitiva de alejamiento e integración a otra cultura. Pero como ya hemos visto, en la realidad ambas situaciones se confunden, del mismo modo que se entreveran las causas (económicas o políticas) que les dan nacimiento: del mismo modo que muchos exilios se transforman en migraciones, muchas migraciones se acortan por múltiples razones y devienen períodos de exilio en el extranjero. Sin contar que desde el clásico ejemplo de Dante, los exilios, aun los duros e ingratos, devienen una condición permanente de la vida: son ellos los que proporcionan la textura de la existencia durante un largo período de la vida adulta, con su peculiar desgarramiento entre la nostalgia de la patria y la integración, por precaria que parezca, a otras patrias, todo ello actuando sobre un estado de transitoriedad y de inseguridad que resulta constitutivo psicológicamente de esta circunstancia vital.

De aquellos clásicos ejemplos del ostracismo que definieron el comportamiento político de la antigüedad y de la Edad Media, mucho ha cambiado respecto a las modernas formas del exilio y de la migración. El vigor del arraigo local (a veces exclusivamente de la polis) que confiere un acento transido a las meditaciones del exiliado antiguo, ha perdido parte de su exclusivismo en una época poderosamente intercomunicada a nivel planetario donde la movilidad de los intelectuales es ya de norma y donde

los nutridos organismos internacionales han generado un nuevo tipo de clase intelectual que ha disuelto en ese internacionalismo sus raíces patrias. Esta situación contemporánea se robustece cuando más que de exiliados estamos hablando de lo que José Gaos bautizó, para referirse a los españoles que a la derrota de la República emigraron a Hispanoamérica, como "transterrados", es decir, intelectuales que pasan de una a otra región del vasto conjunto de culturas procedentes de la misma o similar fuente, que por lo tanto siguen manejando la misma lengua y poseen una historia parcialmente común. Las normales complicaciones de toda transferencia parecen aquí atemperarse porque se trata del pasaje a culturas de la misma familia cuyas notorias diferencias no destruyen la constancia de la procedencia común, al menos en parte importante.

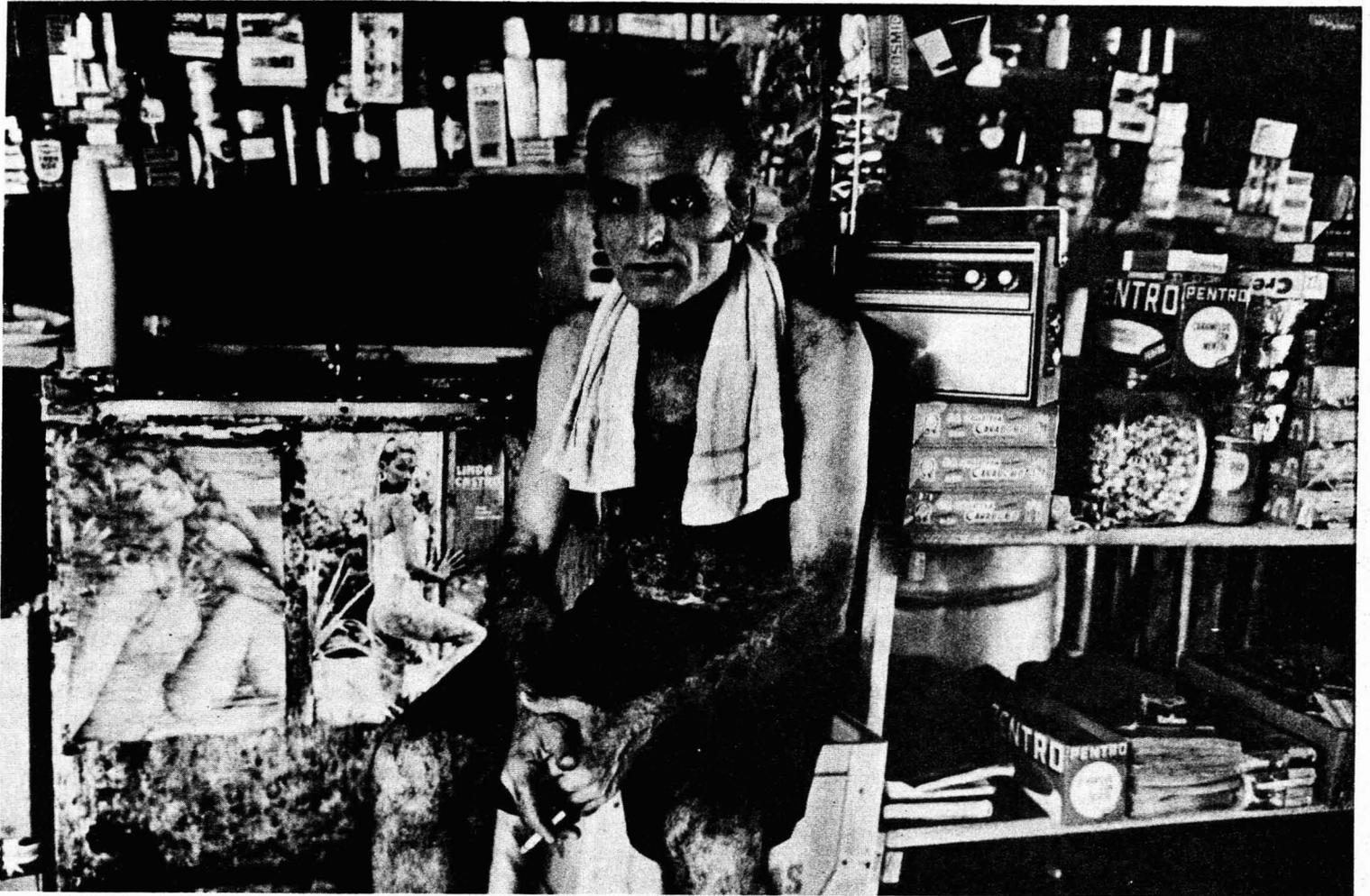
Tres públicos del exiliado

No obstante estas correcciones entre las experiencias clásicas y las contemporáneas, no dejará de comprobarse en éstas el funcionamiento de escisiones junto con nuevas proposiciones unificantes. El escritor exiliado funciona en relación a tres públicos potenciales que por familiares que sean se encuentran en distintas circunstancias: el público mayoritario del país o cultura en el cual se encuentra instalado provisoriamente; el público también amplio de su país de origen al que aspira a continuar hablando, no empuja las trabas que imponen las dictaduras para la circulación de su mensaje; el público de sus compatriotas que integran el pueblo de la diáspora, el cual no puede asimilarse simplemente al del propio país de origen por las nuevas situaciones que está viviendo. Es posible optar exclusivamente por uno de ellos pero lo propio de esta ubicación del escritor exiliado es el intento de conjugar los distintos públicos, que se traduce por su intento de hablar al mismo tiempo a todos ellos, lo que fatalmente habrá de reflejarse en la composición de su obra y será facilitado o entorpecido por el género que practique. El lenguaje más abstracto y racionalizado del ensayo permite una conjugación cómoda de los varios públicos aunque reduciéndolos numéricamente, mientras que la narrativa puede encontrar mayores trabas a consecuencia de los dialectos o inflexiones locales de la lengua. Pero es en los valores culturales de sostén donde se marcan las escisiones y los tropiezos: habida cuenta del alto grado de complicidad cultural y lingüística en que se sitúa toda construcción literaria, la cual vive sobre una red de presupuestos que explican los modos de su apropiación por el lector, al menos en su primer período de existencia, la nueva situación polivalente del escritor con respecto a sus públicos tiende a propiciar nuevas soluciones para la construcción literaria. Parece innecesario aclarar que hasta la más restricta y provinciana obra literaria es

posible de variadas formas de apropiación en otras regiones o países: de otro modo no habría ninguna circulación hispánica de las obras literarias. Lo nuevo es el desafío a su creación que establece la situación del escritor exiliado, quien ya no está hablando desde la convivencia con esa cultura en que nació y se formó, sino desde el centro de un haz de fuerzas que registran divergencias. Quizás las ausencias lo delaten mejor: un escritor de larga residencia en Cuba como Mario Benedetti, no ha escrito "cuentos cubanos" y por su lado Julio Cortázar ha unificado las narraciones situadas en ambientes dispares mediante un lenguaje rioplatense que vale por la asunción universal de su propia lengua, tal como si a ella tradujera textos extraños. Es este un ejemplo fácilmente detectable porque tiene que ver con la utilización del "habla" o del "dialecto" regional en la literatura, pero podría examinarse el mismo problema en otro nivel, con respecto a la poesía, interrogándonos sobre los desplazamientos semánticos que de una a otra área se producen en las palabras. En la medida en que el poeta habla dentro del sistema semántico de su área, prescinde de estas ambivalencias y construye con precisión de acuerdo a los valores que reconoce y sin preocuparse de si su mensaje tendrá diferentes recepciones interpretativas en otros puntos del continente. Pero cuando ha hecho suyo el problema y es consciente de la dispersión del significado, su situación se modifica y se complica. No se trata sólo de la sustitución del "auto" por "carro", sino de la carga emocional de las palabras que resulta subvertida. Para el hombre común este problema se hace evidente cuando sufre los problemas de lo que pintorescamente Alfonso Reyes llamaba la "aduana lingüística" es decir, cuando ingresa a una zona en que las palabras prohibidas o las que acarrear la energía del erotismo y son capaces de expresarlo fulgurantemente, han sido alteradas o modificadas. Dado que la fuerza de los significados no radica exclusivamente en la palabra sino en su poder de comunicación referencial entre miembros de una determinada comunidad, el poeta (y aun el mero hablante) tiene la sensación de enarbolar armas de goma como en una pesadilla cómica y le es difícil hacer suyas las armas vigorosas del medio, las procazidades por ejemplo, porque también les resultan débiles y sin fuerza.

Son problemas de orden lingüístico, sí, pero es con el idioma que trabaja un escritor, es ese su campo de operaciones, donde resuelve los significados y compone los mensajes. Pero pueden extenderse del campo lingüístico a otro más vasto que sólo puede denominarse cultural, pues cada una de las áreas de Hispanoamérica responde, como dijimos, a coordenadas culturales específicas, observando las redes temáticas tradicionales de cada una de ellas, el bagaje informativo que en cada una de ellas conforma una tácita complicidad de la comunidad en





torno a su pasado y a sus formas de convivencia. los modos de apropiación y valoración de las obras de arte, en definitiva, el discurso coherente que va desarrollando la vida intelectual de un país o un área con su peculiar tendencia a constituirse en un sistema cerrado.

Si no son barreras insalvables, sí son vallas que entorpecen el esfuerzo de comunicación y que tienden a rechazar al escritor exiliado hacia esa condición de huésped temporario, a quien se le reconoce como legítimo el derecho a continuar su vinculación con la comunidad de origen, más que con la adoptada circunstancialmente. Se abre para el escritor el diálogo con esos dos otros públicos: el de su patria y el del pueblo de la diáspora. Si el primero es un público cautivo al que poco llegan sus palabras por la situación de encierro establecida por las dictaduras, el segundo en cambio es probablemente el más fértil y el más interesado en su mensaje. Vive las mismas circunstancias del escritor: su traslación fuera de fronteras, su nostalgia de los orígenes y el esfuerzo por mantener sus peculiares modos de vida, ahondando en las tradiciones culturales que bruscamente han quedado como desenraizadas, su esperanza de una transformación en la patria que permita la recomposición de la sociedad democrática, la preocupación educativa respecto a los descendientes que, como es normal, comienzan a desligarse del pasado y a integrarse en las condiciones de la nueva sociedad en que se hallan instalados.

Viejas y nuevas responsabilidades

Respecto a estos dos públicos se actualizan responsabilidades que desde siempre han estado a la cuenta de los escritores en la América Latina. Dos al menos dominan: la de custodios y conservadores de una herencia cultural y la de intérpretes de las soluciones políticas que mejor pueden acrecentarla.

Uno de los efectos más perniciosos de las dictaduras, en particular las de origen castrense, ha sido la negación del campo intelectual y su requisitoria contra los llamados agentes intelectuales de la subversión. El equipo intelectual y los escritores a su cabeza, han sido vistos, por los militares en el poder, como los responsables de la agitación social y del intento de modificar las estructuras políticas y económicas de los países. Aunque la inculpación se ha generalizado a todo el funcionamiento intelectual, incluyendo a muchos que se hallaban bien lejos de tales propósitos, hay en ella un fondo de verdad: la vida intelectual democrática con su capacidad de análisis y debate de los problemas de las sociedades latinoamericanas, fue uno de los orígenes del cuestionamiento de las arcaicas estructuras de los países del continente, reclamando una transformación modernizadora y a veces revolucionaria que permitiera su progreso. En la Universidad, en las revistas intelectuales, en la participación de equipos educados en los movimientos contestatarios y en los revolucionarios, vieron los militares un peligro que, por su



misma procedencia social, consideraron hasta más peligroso que el proveniente de las filas obreras. De ahí a una global e indiscriminada oposición a todas las manifestaciones culturales, no había sino un paso que zanjaron violentamente. El desmantelamiento de las Universidades, la destrucción de las editoriales, la persecución a intelectuales, la prohibición de toda actividad que por neutra que fuera podía ser el origen de una restauración de la vida cultural, ha sido la norma en esos países, de Nicaragua a la Argentina. Los intelectuales que viven en esos países en un verdadero exilio interno, fueron condenados al silencio y se clausuraron las fronteras para la recepción de publicaciones que contribuyeran al desarrollo del diálogo cultural, en particular tratándose de las que recogen las palabras de los escritores. El orden castrense resultó antitético a la cultura, salvo aquella ornamental y retórica, carente de vida, que se instauró como norma oficialista en colegios y academias. Toda la vida cultural y no sólo sus manifestaciones de punta destinadas a la superación de las condiciones sociales prevaecientes resultó ahogada y registró un notorio retroceso. En él cabe no sólo esta oposición militar sino el empobrecimiento económico de los países que tornó precarias sus posibilidades de información y trabajo intelectual al ritmo de la época. Las estrechas condiciones de vida de los escritores del exilio

interno, la ausencia de libros y revistas, nacionales y extranjeros, que desarrollaran la investigación y sirvieran al debate, la clausura de centros de estudio y la falta de comunicación, están entre las causas de esta parálisis cultural. Si a ello se agrega que los regímenes dictatoriales impusieron una rígida reestructuración de valores, de signo exactamente contrario al que venía siendo libremente establecido por los intelectuales, y, negando toda discusión sobre ellos, los impusieron normativamente al país, se comprende que los escritores que fueron al exilio hayan sentido que ellos se transformaban en responsables de la custodia y desarrollo de una parte considerable de la mejor herencia cultural y que a ellos competía difundirla y acrisolarla.

También así lo entendió el pueblo de la diáspora, esperando de los escritores un mensaje que recogiera la tradición más rica y la actualizara en las nuevas circunstancias, lo que habría de traducirse en una intensificación de la ideologización que es propia de los mensajes literarios. Más que simples creaciones artísticas, el escritor y ese medio afín sintieron la necesidad de una producción que al tiempo de restaurar los valores creativos de la cultura originaria, destacaba sus problemas urgentes, sus reclamaciones, sus protestas, sus venganzas. Esta tendencia ha sido acrecentada por una situación peculiar de las letras: la de traducir en formas persuasivas y por ende explicativas, las causas de las grandes agitaciones vividas por una comunidad, cuando ellas cesan, temporaria o definitivamente. Es ese el momento en que irrumpe la literatura a modo de descarga y de intento de reflexión. Y esta irrupción no responde caprichosa y oportunista a un proyecto del escritor, sino a un grande reclamo por parte del público, en este caso ese pueblo de la diáspora.

América Latina ha visto una y otra vez estas eclosiones literarias, luego de grandes sacudimientos del cuerpo social: es la llamada narrativa de la violencia en Colombia al establecerse la rígida paz de Rojas Pinilla o es la literatura testimonial venezolana a partir de la pacificación, como antes fue la narrativa de la revolución al remansarse las aguas en México y es ahora la acumulación de memorias en la España posfranquista. Ese período en que la acción inmediata sólo dejaba sitio a la consigna o a la lucha, es seguido de otro en que la reflexión, la indagación de las causas, el balance, la reviviscencia de lo vivido y el testimonio del sufrimiento se integran en una serie de productos. A través de ellos se establece la continuidad cultural y se actualizan sus valores, referidos a una necesidad de descarga, de justificación, de enjuiciamiento. Es cierto que la sombra de Edmundo Dantes planea sobre estos productos que a veces son simples gritos de rencor y dolor. Pero también es evidente que en ellos se abre la eventualidad del reencuentro consigo mismo de los miembros de una comunidad, al alcanzar una explicación de lo ocurrido. Para tomar uno solo de



Sergio Rivera
México

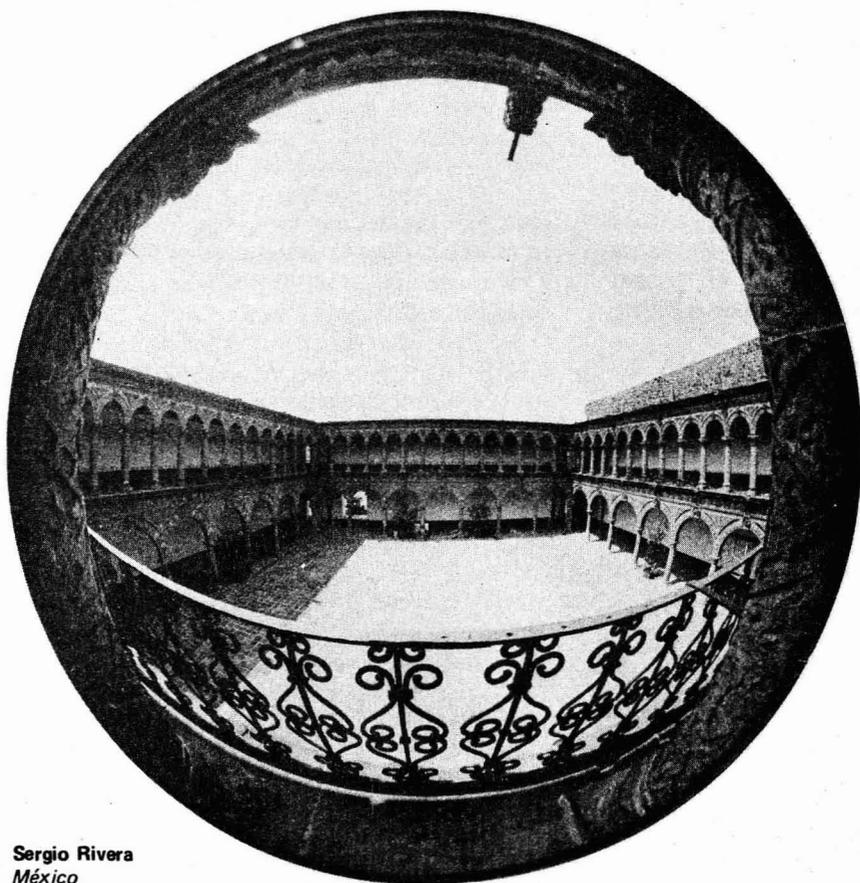
esos ejemplos del cercano pasado, el de la narrativa de la violencia en Colombia, la distancia entre *Viento seco* de Daniel Caicedo, de 1953 y *El coronel no tiene quien le escriba* de García Márquez, de 1957, marca bien el pasaje del panfleto vengativo que traza el ominoso catálogo de los horrores vividos al entendimiento profundo de las causas de esa conmoción que a la vez procura mantener viva la esperanza superando las postraciones que conlleva la derrota.

Es una literatura de derrotados. Pero ya alguna vez se observó, revisando la historia literaria del mundo, que las derrotas la han dotado de obras tanto o más importantes que las victorias, quizás porque el esfuerzo que implican a sus autores es más exigente y los arrastra a los límites tensos de la literatura, poniéndolos en esa disyuntiva nuda donde no se puede recurrir a cómodas explicaciones mecánicas sino que debe ahondarse en la totalidad de la experiencia y en la multiplicidad de significados. Porque una literatura de derrotados no es forzosa-mente una renuncia al proyecto transformador, sino un paréntesis interrogativo que permite avizorar los conflictos en su mayor latitud. La perspectiva desde la cual el escritor puede trabajar, tiene ese mínimo punto de reposo imprescindible para su tarea y los sucesos pasados pueden percibirse conjuntamente detectando su coherencia, tanto vale decir, su signi-

ficación, operación previa al hallazgo de su posible continuidad histórica. Este período es artísticamente más proficuo que el representado por la literatura militante anterior. La simbólica definición de Saint-Exupéry: Los derrotados deben guardar silencio como las semillas, apunta a este período de laboreo interno, de sedimentación y de producción que sólo más tarde se hará visible en el árbol, en el libro. Nada puede hacer más daño a este fructífero período que su sustitución por mecánicas divisas de agitación, repetitivas, ahora retóricamente, del pasado inmediato.

Conjuntamente, el escritor asume otra responsabilidad, la política. De acuerdo con un rasgo que América Latina comparte con muchas regiones del Tercer Mundo subdesarrollado, al escritor se le reclama una función pública de tipo político-educativo y en ocasiones se le exige un comportamiento heroico, todo lo cual define bien cuál es el público que lo atiende y sobre él presiona así como cuál es la estructura del equipo intelectual que han logrado producir esos países. La tradicional sacralización del hombre capaz de escribir libros que acompaña la formación de sociedades mayoritariamente analfabetas, ha encontrado en esta imagen de conductor heroico y puro su forma moderna que los escritores han aceptado y robustecido con sus poderes específicos en un modo que a veces raya con la mera vanidad exhibicionista. El fracaso de tantos hombres públicos del continente: los prestigios de una actitud opositora que se reduce a la crítica de las imperfecciones en un modo abstracto; el poder de los sectores educados procedentes de la baja clase ascendente que por su manejo de las formas intelectuales adquieren una magnitud desproporcionada con respecto a los sectores campesinos o proletarios que contribuyen mayoritariamente a la producción; la tradición del intelectual crítico que heredada de Francia atraviesa toda la historia independiente de América Latina; la potente e ingobernable necesidad de líderes de las comunidades del continente: son todas esas algunas de las causas que han llevado a dotar al escritor de una anexa y a veces indisoluble condición de político.

Aunque Henríquez Ureña detectó hacia fines del siglo pasado el desglose de oficios que por una parte deparó la aparición de dirigentes políticos exclusivos y por otra comenzó a preparar la especialización del escritor en esta su función dominante, el siglo XX ha continuado, en unas zonas más que en otras, en unos estratos sociales más que en otros, asociando ambas funciones en una sola persona y viendo en el escritor a un orientador político. Como la especialización que llevó a la aparición de políticos no fue acompañada de notorios beneficios, como también reconoció el maestro de la crítica hispanoamericana, puede decirse que tampoco la conmixtión del escritor y el político ha sido siempre feliz. Parecería que tanto a unos como a otros les debe-



Sergio Rivera
México



mos similares cuotas de equivocación y de acierto y aun podría agregarse que los escritores puestos a políticos fueron muchas veces malos escritores y malos políticos simultáneamente.

Distinta es la situación de aquellos escritores que no aspiraron a transformarse en políticos, sino que entendieron que su situación en el contexto de la sociedad les imponía una atención por la vida de su comunidad y una participación (más educativa que de dirigente partidista) en sus vicisitudes. No abandonaron su campo específico pero reconocieron que éste no es ajeno a la realidad social y que, disponiendo de un instrumento de eficaz comunicación con un sector más preparado de su sociedad, debían utilizarlo para contribuir al esclarecimiento de él y a sus tareas transformadoras del medio. En estos casos se alcanzó un equilibrio más redituable y se evitaron previsibles errores. Más aún cuando el escritor puso el acento, no en una actividad partidista concreta, sino en eso que se ha venido llamando desde la década antifacista rosada, "la defensa de la cultura". La fórmula ya no resulta feliz: tiene ese aire de consigna esclerosada propia de ciertos organismos políticos de la izquierda. Pero su contenido no ha perdido actualidad. Un ejercitante de la producción cultural, similar a los tantos hombres, cultos o no, que son sus abastecedores, pero que dispone de instrumentos de mayor alcance y eficacia que ellos, es normal que se sienta directamente concernido por la situación precaria en que se encuentra la herencia cultural y desde ese campo específico considere que debe construir su obra. No implica atribuirse un pedestal ceremonial, sino reconocer la importancia de sus dones y el efecto que ellos pueden alcanzar en las sociedades concretas a las que pertenece, en las circunstancias concretas en que ellas se encuentran. Tanto vale decir: apelar a las responsabilidades del intelectual para con esos dones y al mismo tiempo no pretender que se improvisen en campos que pueden serles próximos pero no necesariamente de su mejor competencia.

Esta demanda política, cuando se coloca en los términos generales y más amplios, puede obtener una respuesta igualmente amplia que traduzca los principios fundamentales del consenso político del momento: es la restauración de las formas de vida democrática, la plena vigencia de la justicia, el respeto de los derechos humanos, la reconstitución del funcionamiento de los partidos políticos y de los gremios, la tarea intelectual, educativa y creativa libre, todo lo cual para algunos países implica meramente el retorno al punto de partida aunque no un progreso respecto a aquellas múltiples insuficiencias de las que partió la conciencia crítica que aspiró a superarlas en su momento y que resultó derrotada por las dictaduras de derecha, apoyadas o directamente ejercidas por los militares.

Pero existe un rasgo del comportamiento político del exilio que no puede pasarse por alto: su dificultad

para superar los compartimientos partidistas, a veces ácidamente sectarios, y encontrar ese espíritu unitario cuya eficacia para la restauración democrática es evidente. La vida política de los países latinoamericanos no estaba simplemente dividida en los buenos y malos de las películas, sino que comportaba una pluralidad de fuerzas a veces violentamente encontradas dentro de líneas afines, las cuales lejos de apaciguarse no hacen sino acrecentarse en el exilio. Este opera como una congelación de viejas divisiones y el vacío en que los grupos exiliados operan los conduce a cada vez más enrarecidas ideologías, a requisitorias que se mezclan con las inculpaciones por los acontecimientos pasados, y a veces a divisiones más tajantes que las conocidas previamente. Es frecuente que los grupos políticos exiliados pierdan de vista que es el pueblo que aún vive en sus patrias el que puede y debe, según sus vistas, orientar la recuperación democrática y que nadie puede sustituirlo en ese papel protagónico y heroico. Es él quien vive las nuevas situaciones, quien conoce las fuerzas actuantes y quien ha de procurar soluciones para las cuales pueden prestar su ayuda los grupos exiliados pero sin que ello implique pretender dirigirlo de acuerdo a soluciones que ya pertenecen al pasado y que probablemente sean impracticables en la actualidad. El exilio político tiende a quedar congelado sobre la fecha en que se produjo, pero la historia continúa y la sociedad evoluciona fuera de esas posiciones. Son sus aspiraciones generales, sus demandas básicas, las que el exilio puede hacer suyas, pero no sus concretas operaciones que responderán a su visión de las posibilidades y las conveniencias. El fracaso de aquellos partidos que desde el exterior pretendieron manejar a sus afiliados, partiendo del corpus de principios pasados y congelados, se ha patentizado en el caso de una larguísima dictadura, la española, y su ejemplo puede ser útil para los grupos políticos de exiliados latinoamericanos.

De ahí que los escritores del exilio, en esa función política anexa, se equivoquen claramente cuando actúan al servicio de una agrupación restringida y de ese ideario al que se aferran como justificación histórica, y en cambio acierten cuando se abren a la comunicación con el conjunto del pueblo de la diáspora, accediendo a él por el lado de la común herencia cultural y de sus reclamaciones democráticas esenciales. Para ello deben tener en cuenta también las modificaciones que la experiencia de vivir en tierras extranjeras acarrea al "soberano", esa percepción de elementos e informaciones nuevas con las cuales recomponen su situación y su proyecto de futuro. Y tener en cuenta también que se encuentran en un estado artificial y riesgoso respecto a la comunidad de origen: es ella la que está padeciendo la parte más dura de la represión y está forjando, con los recursos a mano, las vías que permitan el cambio.